

Migración, narcisismo y sintomatología psicósomática

Roberto Goldstein

Resumen

Este trabajo desarrolla la idea que en el proceso migratorio puede haber una ruptura del equilibrio narcisista, lo que a su vez en algunas personalidades desencadena sintomatología psicósomática.

Este trabajo tiene por objeto desarrollar algunas ideas sobre un fenómeno que se presenta con cierta asiduidad en personas que pasan por un proceso migratorio: las somatizaciones. La hipótesis sobre la cual gira este trabajo es que esta sintomatología puede ser desencadenada por la ruptura del equilibrio narcisista, que como veremos seguidamente se ve alterado por este proceso.

El proceso migratorio es de por sí una situación crítica que produce una amplia gama de fenómenos en el aparato psíquico del sujeto que emigra: ansiedades y dolor por la pérdida de objetos y lugares que fueron suyos; temores a ser atacado o rechazado por el nuevo entorno (temores que desgraciadamente muchas veces se materializan cuando las diferencias entre el emigrante y los nativos del lugar son notorias); ansiedades confusionales y psicóticas al quedar el sujeto sin los referentes identificatorios que le son conocidos.

Si estos fenómenos logran ser convenientemente elaborados, podrá llegar el sujeto a conseguir un fortalecimiento y una ampliación de su aparato psíquico.

Para L. y R. Grinberg (1984) «La migración es una experiencia potencialmente traumática caracterizada por acontecimientos traumáticos parciales y configura a la vez una situación de crisis.» Dicen más adelante: «Si el yo del emigrante, por su predisposición o las condiciones de la migración ha sido dañado severamente por las experiencias traumáticas o la crisis que ha vivido o está viviendo, le costará recuperarse del estado de desorganización al que ha sido llevado y padecerá distintas formas de patología psíquica o física.» Por el contrario, si cuenta con una capacidad de elaboración suficiente

no sólo superará la crisis, sino que, además, ésta tendrá una cualidad de «renacimiento» con desarrollo de su potencial creativo.

En esta crisis el emigrante se cuestiona y siente cuestionada su identidad. Tomaré como punto de referencia la siguiente definición de identidad.

Identidad: es el sentimiento de mismidad logrado por el individuo a través del suceder temporal y las experiencias cambiantes biológicas, familiares y culturales, que le permiten mantener un grado de cohesión y estabilidad más o menos uniformes. (Belmonte Lara et al., 1976).

Este sentimiento de mismidad, de ser uno mismo puede alterarse cuando las condiciones externas cambian, y sobre todo, cuando este cambio se produce de manera brusca como en el proceso migratorio.

¿Qué sucede en determinadas personalidades que afrontan el proceso migratorio maníacamente, y chocan contra las dificultades de continuar siendo los mismos, ser reconocidos y aceptados como lo podían ser en su lugar de origen?

Vuelvo a L. y R. Grinberg, (1984), ellos describen un cuadro que denominan «síndrome de la depresión postergada», «que surge al parecer cuando se han agotado las defensas maníacas utilizadas durante ese período para el logro y mantenimiento de esa adaptación forzada». Se refieren a inmigrantes que logran «una rápida adaptación a las características, hábitos y demandas del nuevo lugar y alcanzan éxitos en sus primeros dos o tres años de permanencia, en un estado de *aparente* equilibrio psíquico y físico» (la cursiva es mía).

Estos autores siguen diciendo: «este cuadro, el síndrome de la “depresión postergada”, que surge al parecer cuando se han agotado las defensas maníacas utilizadas durante ese período para el logro y mantenimiento de esa adaptación forzada. En ocasiones, esa depresión forzada puede ser sustituida por una manifestación somática del tipo infarto del miocardio, úlcera gástrica, etc.»

Respeto las hipótesis de estos autores, pero creo que este fenómeno puede ser más complejo, sobre todo en personalidades con características

narcisistas. Pienso que también, pueden negar o aceptar mal el dolor y el odio por no ser reconocidos, por tener que empezar de nuevo, en ciertos sentidos y ganarse un lugar y un reconocimiento que ya tenían anteriormente.

En estas personalidades, se produciría una profunda herida, que si no se cicatriza por medio de la elaboración psicoterapéutica, puede ser de consecuencias devastadoras. Devastadoras por el odio que se acumula y no se concientiza, que puede ser vehiculizado en actos halo- y heteroagresivos.

Para fundamentar estas afirmaciones, desarrollaré unos párrafos sobre el concepto de autoestima, según Luis Kancyper, (1989), la autoestima o *Selbstgefühl*, término citado por Freud y traducido como «sentimiento de sí» por Echeverry (*Obras Completas de Freud*) «es el sentimiento de la propia dignidad de autovaloración que merece la imagen que uno tiene de sí mismo. Es como la mirada hacia uno mismo, desde el espejo, una suerte de desdoblamiento».

Según Sigmund Freud, en *Introducción al Narcisismo* hay tres pilares donde se apoya este sentimiento de sí «una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del Yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto». (1914, vol. XIV, p. 97).

Para Luis Kancyper, (1989), «la satisfacción de la libido de objeto y su relación con el *Selbstgefühl* es fundamental para la regulación del sentimiento de sí». «En la vida amorosa, el no ser amado deprime el sentimiento de sí, mientras que ser amado, lo realza».

Dando por sentado que las metas del ideal del Yo han sido cumplidas, nos quedan dos variables a tener en cuenta: un residuo del narcisismo infantil (Yo ideal) insuficiente, y una libido objetal no sentida como satisfactoria.

Esto apoyaría mi hipótesis: el ideal ha sido alcanzado en una personalidad con un Yo ideal débil y con una gran necesidad de satisfacción de la libido de objeto para neutralizar a este cojo Yo ideal: Una necesidad muy grande de ser amado y reconocido. Si esto último no está dado, sino lo contrario, refiriéndome específicamente al proceso migratorio, donde en un principio, generalmente, se presenta hostilidad y rechazo al extranjero, en el lugar de acogida, estas personalidades deben echar mano a procesos de negación para no sucumbir en su tarea de integración a su nuevo hábitat.

Ahora vamos al otro punto ¿Qué pasa con el odio acumulado, no neutralizado por el amor? ¿Qué pasa con Tánatos no neutralizado por Eros? O se

deflexiona el odio, o se vuelve contra el sujeto mismo. En mi experiencia clínica, he observado que no se presenta ni una ni otra cosa de forma pura, pero de acuerdo a la personalidad previa, puede el fiel de la balanza inclinarse más hacia un lado o hacia el otro.

Cuando este Tánatos no neutralizado, ni deflexionado, actúa, puede producir entre otras cosas, manifestaciones psicósomáticas. Según señalan diversos autores, el odio no concientizado se vuelve contra el sujeto, produciendo así un síntoma psicósomático.

Según Joyce McDougall, (1991), «Los procesos de pensamiento de las somatizaciones intentan vaciar la palabra de su significado afectivo. En los estados psicósomáticos, es el cuerpo quien se comporta «en forma delirante», ya sea «superfuncionando», ya sea inhibiendo funciones somáticas normales, y esto de un modo insensato en el plano fisiológico. El cuerpo se vuelve loco». Más adelante, dice: «Llegué así a considerar ligado a los fenómenos psicósomáticos, todo atentado a la salud o a la integridad física donde intervienen los factores psicológicos».

Viñeta clínica

Vuelvo de mis vacaciones de verano y encuentro en mi contestador un mensaje del Sr. B. quien dice ser paciente del Dr. T. (médico generalista) y querer tener una entrevista conmigo, pero no deja ninguna coordenada donde ubicarlo.

Un mes después, vuelve a llamarme, con la misma presentación: «Soy B., paciente del Dr. T., y quiero tener una entrevista con usted». Concertamos la cita.

Es un hombre afable, elegante, con un fuerte acento extranjero, pero con una buena construcción gramatical al hablar el castellano.

Me dice que el Dr. T. insistió para que venga a verme ya que él tuvo un infarto hace unos meses y considera que le sería beneficiosa una psicoterapia. Pero él piensa que yo le sería más útil si lo ayudo en una decisión: irse o no de Barcelona, y en caso de irse, volver a su país en un plan de vida tranquilo o ir a vivir al igual que otros compatriotas suyos a la Costa Mediterránea. Haga lo que haga, dice que su mujer le acompañará.

Tiene cerca de 50 años y es el mayor de 3 hermanos, es profesional y hace unos 10 años que se separó de su primera mujer. Tiene 2 hijos varones de más de 20 años, que no necesitan ayuda económica.

Hace 3 años, emigró a Barcelona porque conoció a una mujer española a través de amigos comunes en uno de sus viajes.

Como la relación se consolidaba adecuadamente, decidieron vivir juntos, en España, ya que ella trabajaba en una empresa y gozaba de un buen sueldo, mientras que él trabajaba en forma independiente.

Pensó que el proceso migratorio no le ofrecería problemas, económicamente no los habría ya que alquilaría su casa, su despacho y tenía ahorros. Primero aprendería bien el idioma y al mismo tiempo comenzaría a montar un despacho, sin prisas. Dice haber podido llevar adelante este proyecto.

Le pregunto cómo fueron estos años, contesta que muy duros, más de lo que él pensaba. La homologación de su título tardaba, tampoco le era fácil conseguir clientes y no se sentía aceptado por sus colegas locales. En su país no era alguien muy destacado, pero le iba bien y hacía lo que le gustaba. Aquí nadie lo conocía y para montar su despacho tuvo que aceptar clientes que no hubiese aceptado en condiciones normales.

Esto le provocaba mucha rabia, nunca se sintió así, con un odio terrible hacia la gente del país. Aunque comprendía que su irritabilidad era exagerada, no podía evitarla.

Sintió que el proceso fue muy lento.

Le digo: «¿no me había dicho que no había prisas?»

«Si —me dice—, no las había del punto de vista material, pero me era muy duro sentirme un jubilado y era doloroso no ser reconocido».

Ahora está contento de haber llegado donde quería, lástima el infarto que lo obliga a bajar su ritmo de trabajo.

Le pregunto: «¿cómo fue ese episodio del infarto?»

Cuenta que en una visita a sus hijos, debió darse prisa para coger el metro, en ese momento, sintió un fuerte dolor en el pecho y se sentó esperando que le pasase.

Le pregunté si había sucedido algo digno de mencionar antes del episodio, si había tenido algún disgusto. Me contestó que lo único que le disgustaba era tener que tomar un transporte público en su ciudad, que él normalmente iba en su coche o en taxi. Al volver a Barcelona, tiene otro episodio similar y esta vez consulta. No lo dejaron salir de la clínica. Había tenido un infarto «los médicos se enfadaron mucho conmigo, y me decían que había tenido mucha suerte, que no sabían como estaba vivo».

Notemos que: el Sr. B. emigra sin pensar en las dificultades que entraña este movimiento, se apoya en el amor de alguien hacia él y de él hacia ese

alguien, condición necesaria pero no suficiente. Luego, cuando se presentan las dificultades por las que pasa todo inmigrante, la lucha por el reconocimiento socio-profesional, por ejemplo, siente una herida narcisista que le resulta intolerable. Sus logros (cumplimiento con el ideal del Yo), eran sentidos como un triunfo sobre un enemigo.

Su padre era, según dijo, una persona que demandaba mucha atención de su madre, lo que hacía que él se sintiera muy solo en su casa y además, era el apoyo de sus hermanos. Vemos aquí que probablemente no se haya sentido «*His Majesty The Baby*», que su Yo ideal pudo haber quedado cojo. También vimos anteriormente la gran dependencia del amor objetal (mujer, colegas, clientes).

Frente a una serie de frustraciones, que podemos considerar habituales en un proceso migratorio, en este caso, el odio que se despierta es muy fuerte, y un odio de esta magnitud en una personalidad de acción, con poca capacidad elaborativa, se vuelve contra él en este caso a través de su síntoma psicossomático (infarto).

Volvamos al motivo de consulta, «¿Me voy? ¿Me quedo? Si me voy, ¿adónde?». No hay una interrogación frente a lo que sucedió y por qué le sucedió. Buscaba que yo le respondiera, qué hacer. Mi respuesta luego de una serie de entrevistas, era que deberíamos pensar juntos teniendo en cuenta todo lo pasado, antes de tomar una decisión. Me respondió que pensaría en mi propuesta y que ya me llamaría.

Pasaron unos meses y espero su llamada.



Roberto Goldstein

Calatrava 1-7, 4º C

08017 Barcelona

Tel.: 93 204 44 00

Fax: 93 204 73 79

Bibliografía

- BELMONTE LARA, O.; DEL VALLE, E.; KARGIEMAN, A. y SALUDJIAN, D. (1976). *La identificación en Freud*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1984). *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- FREUD, S. (1914). *Introducción al Narcisismo*. Amorrortu Editores, vol. XVI.
- KANCYPER, L. (1989). *Jorge Luis Borges o el Laberinto de Narciso*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- MCDougall, J. (1991). *Teatros del cuerpo*. Colección Continente/Contenido. Madrid: Julián Yébenes S.A.